



Stefan Zweig

El amor de Erika Ewald

TRADUCCIÓN DE ROBERTO BRAVO DE LA VARGA

Erika Ewald es una muchacha vienesa soñadora, con alma de artista, que enseña piano y que lleva una existencia rutinaria, sin secretos ni sorpresas, a no ser por los momentos que pasa con un joven violinista con quien comparte la pasión por la música. En *El amor de Erika Ewald* Zweig describe magistralmente las sutilezas de esta relación —una nueva «educación sentimental»—, con una mirada irónica y siempre atenta al juego de paradojas tensadas entre una vida que discurre anodina y la fuerza de unos sueños frustrados por el peso de la realidad.

...Pero ésta es la historia de todas las jovencitas, de esas dulces mártires. Nunca dicen que estén sufriendo. Las mujeres están hechas para soportar el sufrimiento. Seguramente ése sea su destino, lo descubren pronto y les causa tan poco asombro que incluso siguen negando que el mal esté ahí cuando ya hace tiempo que ha llegado...

Barbey d'Aurevilly

EL AMOR DE ERIKA EWALD

Erika Ewald entró despacio, con el paso cauteloso y quedo de quien llega demasiado tarde. Su padre y su hermana ya estaban sentados a la mesa cenando; al oír el ruido de las puertas levantaron la vista para saludar fugazmente con la cabeza a quien entraba, luego no se oyó más que el ruido de los platos y el tintineo de los cuchillos a través de la habitación débilmente iluminada. Rara vez hablaban, sólo de vez en cuando surgía una palabra y revoloteaba como una hoja que el aire levanta, para caer al momento desfallecida en el suelo. Todos ellos tenían poco que decirse. La hermana era simple y poco agraciada; la experiencia de que nadie se hubiera fijado en ella o de que hubiera sido objeto de burlas durante años le había dado esa indolente resignación de solterona que ve partir cada día con una sonrisa. Al padre los largos años de trabajo en una oficina le habían distanciado del mundo, y, especialmente desde la muerte de su mujer, lo envolvía aquel áspero malhumor y aquel terco silencio con que a la gente mayor le gusta ocultar sus sufrimientos físicos.

También Erika guardaba silencio la mayoría de las veces durante esas monótonas veladas. Sentía que no se podía luchar contra el ambiente gris que se cernía sobre aquellos momentos como densas nubes de tormenta. Y además estaba demasiado cansada para hacerlo. La mortificante jornada de trabajo, que no le daba tregua y le obligaba a soportar hora tras hora disonancias, torpes acordes, brutalidades que no tenían nada de musical, con incansable benevolencia, desataba en ella una ahogada necesidad de silen-

cio, una efusión sin palabras de todas las sensaciones que la violencia del día había sofocado. Le gustaba abandonarse y soñar despierta, porque un pudor casi exacerbado le impedía hacer a los demás la más mínima insinuación sobre sus vivencias espirituales, aunque su alma temblaba bajo la presión de las palabras no pronunciadas, como vacila la rama de un árbol bajo el peso de sus frutos demasiado maduros. Y sólo un tenue rasgo casi imperceptible alrededor de sus labios delgados y pálidos revelaba que en su interior se libraba una lucha y se había desatado una nostalgia que no era posible expresar con palabras y de vez en cuando hacía que la boca firmemente cerrada se estremeciera incontrolada como con un repentino sollozo.

La cena acabó pronto. El padre se levantó, se despidió con pocas palabras y se fue a su cuarto a encenderse la pipa. Así era cada día en esa casa, donde incluso la acción más indiferente quedaba petrificada en la rígida costumbre. Y también Jeannette, su hermana, recogió como siempre su labor de costura y empezó a bordar mecánicamente junto a la luz de la lámpara, muy inclinada hacia delante a causa de su miopía.

Erika se fue a su habitación y comenzó a quitarse la ropa lentamente. Era todavía muy pronto. Otras veces solía leer hasta muy entrada la noche o se quedaba apoyada en la ventana con una dulce sensación y miraba desde lo alto por encima de los tejados refulgentes por la luz de la luna, bañados en la claridad de su marea de plata. En esos momentos nunca tenía pensamientos definidos, orientados a un objeto, sólo un indeterminado sentimiento de amor por el fulgor, el resplandor y el delicado halo de la luz de la luna, que se reflejaba en los miles de cristales relucientes, tras los cuales se ocultaban los secretos de la vida. Pero hoy sentía un dulce cansancio, una dichosa pesadez que ansiaba reposar entre las mantas ajustadas, cálidas y suaves. Una somnolencia que no es más que la nostalgia de dulces y felices sueños recorrió todos sus miembros como un veneno que

poco a poco la iba enfriando, adormeciendo. Reaccionó y, volviendo a la realidad, se deshizo con rapidez de sus últimas prendas, apagó la vela y en un momento ya estaba metida en la cama...

Como un ágil juego de sombras, los felices recuerdos de aquel día volvieron a pasar danzando ante ella. Hoy había estado con él... Habían vuelto a ensayar juntos para aquel concierto donde ella debía acompañarle al piano mientras él tocaba su violín.

Y luego interpretó para ella a Chopin, aquella balada sin palabras. ¡Y más tarde las dulces y cariñosas frases que le dedicó, cuántas frases cariñosas!

Las imágenes desfilaban cada vez más deprisa, la devolvieron a su casa y a sí misma, para perderse de nuevo, rápidamente, en el pasado, hasta el día en que lo había conocido. Y pronto desbordaron la estrechez del tiempo y de la experiencia y se hicieron cada vez más delirantes y confusas. Erika escuchó aún cómo su hermana se iba a la cama en la habitación de al lado. Y le vino un pensamiento absurdo, curioso, ¿y si además la hubiera invitado a su casa? Una sonrisa alegre, exultante empezó a dibujarse lánguidamente en sus labios, pero ella ya estaba medio dormida. Y pocos minutos más tarde un firme sopor la sumió en felices sueños.

Al despertar, encontró una postal sobre la cama. Sólo tenía unas pocas palabras escritas con trazo firme, enérgico; las mismas con las que se obsequia a un extraño. Pero Erika las recibió como un don y una bendición, porque las había escrito él; a ella le correspondía deducir a partir de su trivialidad e insignificancia su auténtica dimensión llena de presentimientos. Y así es como ese amor no habría de quedarse en un suave resplandor que ilumina a todo ser envolviéndolo con su luz, sino que ese sentimiento transformador penetró tan profundamente en ella que se volvió como una brillante luz que, ardiendo en su interior, parecía crecer hacia fuera elevándose sobre todo lo que carecía de vida y

de alma. Ya desde su más tierna juventud, la oscura conciencia de su carácter tímido y su reservada soledad le habían enseñado a no contemplar las cosas como algo frío y sin vida, sino como amigas calladas que confiaban sus secretos y ternuras a quien las escuchaba. Libros y cuadros, paisajes y piezas musicales le hablaban a ella, que había conservado la capacidad poética del niño, que ve en objetos pintados, en cosas inanimadas, una realidad de colores gozosa y viva. Y éstas habían sido sus solitarias alegrías antes de que le llegase el amor.

Así fue como esos pocos trazos negros escritos sobre aquella hoja se convirtieron para ella en todo un acontecimiento. Leyó las palabras tal y como él las solía pronunciar, con la entonación suave y musical de su voz, intentó poner en su nombre aquella emoción misteriosa y dulce que sólo la lengua de la ternura puede dar. Y escuchó en aquellas pocas frases, que por parte de su corresponsal se ceñían a una forma fría y casi respetuosa, cómo sonaba oculto el tono bajo del amor, y pasó por las líneas deletreando para sí cada palabra tan despacio y perdiéndose en tantas ensueños que a punto estuvo de olvidar su contenido. Y éste no carecía en absoluto de relevancia. Ella debía comunicarle si se iba a realizar la excursión que tenían planeada para el domingo, algunas palabras más sin importancia con motivo de su actuación conjunta en un concierto del que ya llevaban mucho tiempo hablando y luego un afectuoso saludo y una precipitada firma. Pero leía las líneas una y otra vez, porque creía percibir en ellas esos intensos y apremiantes sentimientos que, sin embargo, no eran más que el eco de los suyos propios.

No hacía mucho tiempo que a Erika le había llegado ese amor, que había traído consigo las primeras luces a su pálida e indiferente existencia juvenil. Y su historia era sencilla y cotidiana.

Se habían conocido en un círculo social. Ella daba allí lecciones de piano, pero sus modales discretos y delicados le ganaron el afecto de toda la casa, tanto que ya sólo se la veía como a una amiga. Y a él lo habían invitado allí a un acto como *pièce de résistance*, por así decirlo, pues, a pesar de su juventud, su fama como virtuoso del violín era algo completamente fuera de lo común.

Las circunstancias también se mostraron propicias para favorecer su acercamiento. A él le pidieron que tocara algo y se dio por supuesto que ella debía asumir la parte del acompañamiento. Y entonces fue cuando él se fijó en ella por primera vez, pues identificó tan bien sus intenciones y se compenetró con él con tanta sensibilidad que él adivinó en el acto la finura y profundidad de su naturaleza. Y todavía en medio del atronador aplauso que siguió a su actuación, él le propuso que pasaran un rato juntos, charlando. Ella asintió suavemente, con una suavidad totalmente imperceptible.

Pero no llegó a ocurrir. No les dejaron libres a ninguno de los dos tan rápidamente; sólo de cuando en cuando podía echar una mirada furtiva a la figura flexible y más que delgada de ella y recoger un saludo tímido, sorprendente de sus ojos oscuros. Sus palabras se hundían en las banalidades y los cortesés cumplidos con que la colmaban. Luego llegaban nuevas personas y cien distracciones diferentes de todo tipo, de modo que ella prácticamente se olvidó del compromiso. Pero cuando todo acabó y ya se estaba despidiendo, él se puso de repente a su lado y le preguntó con su voz dulce y contenida si la podía acompañar a casa. Por un momento no supo qué decir; luego declinó su ofrecimiento con palabras tan torpes que al final a él le resultó sencillo hacer prevalecer su voluntad.

Ella vivía muy lejos, en las afueras de la ciudad, y fue un largo camino bajo la clara luz de la luna que ilumina las noches de invierno. Durante un rato, el silencio reinó entre ellos; no era incomodidad, sino tan sólo ese miedo indefini-

do que la gente refinada tiene a empezar una conversación con trivialidades. Luego, él comenzó a hablar de la pieza musical que habían interpretado juntos y del arte en general. Pero eso no fue más que un comienzo, un camino hacia su alma. Porque él sabía que todos los que dilapidaban tan espléndidamente sus tesoros en el arte, los que ponían todo su sentimiento en la belleza de la música, eran serios y cerrados en la vida y sólo se abrían a quien los comprendía. Y, efectivamente, ella también le reveló muchas de sus vivencias psíquicas más íntimas en sus opiniones sobre la creación y la interpretación, muchas cosas que todavía no había confiado a nadie y algunas de las que ni siquiera había sido consciente hasta entonces. Más tarde ni ella misma podía comprender de qué forma había vencido entonces su fuerte retraimiento, casi aprensivo, pero eso fue más tarde, cuando él se fue haciendo más cercano y se convirtió en su amigo y confidente. Porque aquella noche le pareció un artista, un creador formidable que nunca entra en la vida, sino que vive en la distancia, inaccesible y eminente, comprensivo y bondadoso, al que nada se le debe ocultar. Hasta entonces, en su círculo sólo había entrado gente sencilla, personas que se podían descomponer y manejar como un problema escolar, inquisidores conservadores y llenos de prejuicios, ante los que se sentía extraña y a los que casi temía. Y además había sido una noche tranquila y clara. Y cuando, en noches tan silenciosas como ésta, uno va en pareja sin ser oído ni molestado por nadie y las oscuras sombras de las casas se abaten sobre las palabras y las voces se extinguen en el silencio sin eco, uno se siente tan confiado como si hablara consigo mismo. Entonces, desde las profundidades, despiertan pensamientos que en la confusa agitación del día pasan desapercibidos y a los que sólo la quietud de la noche sacude dulcemente para que se conviertan en palabras, casi sin que uno lo quiera.

El largo paseo en la solitaria noche invernal los había acercado el uno al otro. Cuando se tendieron la mano para

despedirse, los dedos pálidos y fríos de ella quedaron largo tiempo inermes en su fuerte mano, como olvidados. Y se separaron como viejos amigos.

Se siguieron viendo con bastante frecuencia durante aquel invierno. Primero era una feliz casualidad que pronto, sin embargo, se convirtió en compromiso. A él le atraía esa interesante muchacha con todas sus curiosidades y rarezas, le asombraba la distinguida discreción de su alma, que sólo se le revelaba a él y, temblando de miedo, se arrojaba a sus pies como una niña asustada. Adoraba las mil formas de su delicadeza, la sencillez de su soberbia sensibilidad, que respondía involuntariamente a toda belleza con un latido y, no obstante, procuraba ocultarse ante ojos extraños para no estorbar la pura intimidad del goce. Pero esas tiernas y profundas sensaciones que él podía percibir junto a ella de una manera tan plena e irresistible, no dejaban de resultar extrañas a una persona como él. Ya desde su adolescencia, todavía medio niño, había sido mimado —en exceso— para ser un artista e inducido por las mujeres a que encontrara satisfacción en un amor espiritualizado; conoció muy poco lo femenino, prácticamente no tuvo juventud, porque todo el enigmático amor de un bachiller, dulce a más no poder, nunca se había deslizado en su vida, que había madurado tan precozmente. Temperamental e indolente a un tiempo, amaba con aquel tosco deseo que aspira a la extrema satisfacción sensual para desangrarse en ella. Y él se conocía a sí mismo y se despreciaba por cada vez que la debilidad lo dominaba, sentía repulsión ante cada una de esas rápidas satisfacciones, sin que pudiera evitarlo, pues la pasión y la sensualidad hacían palpar tanto su vida como su arte. También la maestría de su interpretación estaba arraigada en esta virilidad firme, temperamental; los matices últimos, más tenues, que son como el suave hálito de una melancolía adormecida, debían sustraerse al golpe de su arco enér-

gico y, sin embargo, dulce como el de un cingaro. Tras la conmovedora violencia con la que sabía subyugar a quien lo escuchaba se ocultaba siempre un ligero temor.

Y así de tímido y entregado era también el amor que ella sentía por él. Amaba en su persona todas las figuras de ensueño que en los largos años de aislamiento habían ido adquiriendo cierta realidad, sentía veneración por el artista que se encarnaba en su ser, porque, en su juventud, creía que un artista debía hacer que su vida también tuviera una dignidad sacerdotal. Algunas veces lo contemplaba con una mirada extraña e insensible, como una imagen ajena en la que se quieren percibir rasgos familiares, y su confianza con él era como la que se tiene con un confesor. No pensaba en la vida, porque nunca la había conocido, no la había experimentado más que como un sueño inconsistente. Por ello carecía también de miedo y de temor ante el futuro, creía en el eco inextinguible, suave y dichoso de ese amor venerable y carente de sensualidad, que la llenaba de optimismo y confianza en la belleza del arte y en su pureza interior.

Algunas veces se sorprendía al no tener ninguna necesidad de hablar cuando estaba con él. Él tocaba o callaba y ella estaba sentada y soñaba o simplemente sentía cómo sus sueños se volvían cada vez más claros y luminosos cuando él hablaba o la miraba.

Todo se había ido apagando a lo lejos, aquí ya no llegaba el desatinado bullicio del día, sólo calma, silencio y plateadas campanas de fiesta en lo profundo del corazón. Una nostálgica necesidad de ternura se agitaba en ella, la promesa de unas palabras cariñosas y dulces, que, sin embargo, temía en realidad. Sentía en su corazón que estaba por completo bajo su hechizo, que él, con su arte, podía dominarla, proporcionarle placer y dolor con sus encantadoras melodías; se sentía inerme e indescriptiblemente pobre ante su música, porque no podía ofrecer nada y sólo recibía, mendigando con las manos temblorosas abiertas hacia él.

Se había convertido en una costumbre inalterable que ella acudiera a su casa varias veces por semana. Al principio fueron ensayos para un concierto conjunto, pero pronto ya no pudieron prescindir de ningún modo de esas pocas horas. Ella no sospechaba en absoluto el peligro que se escondía en la creciente intimidad de su mutuo afecto; al contrario, fue dejando caer ante él hasta la última reserva de su alma y le reveló sus más ocultos secretos como a su único amigo. Muchas veces, en medio de su acalorado relato, ni siquiera notaba cómo él rodeaba sus manos con creciente emoción y a veces bajaba sus labios ardientes hasta sus dedos, mientras estaba a sus pies y la escuchaba.

Y tampoco se daba cuenta de cómo, a veces, en las notas más penetrantes y persistentes de su violín sólo le hablaba a ella, porque ella siempre se buscaba a sí misma y a sus sueños en la música. Para ella, esos momentos eran una clarificación y una liberación por lo mucho que hasta entonces no se había atrevido a decir en voz alta, y nada más que eso. Sólo sabía que una de aquellas tranquilas horas derramaba mucha luz en su monótono y laborioso día y un luminoso brillo en sus noches. Y no quería más que estar tranquila y ser dichosa; sólo deseaba una rica paz en la que poder refugiarse como en un altar.

Pero se guardaba bien de mostrar abiertamente su dicha; muchas veces, sus labios ocultaban con una reserva vehemente y áspera una sonrisa de la más pura felicidad ante la gente y ante su familia, como si fuera un llanto a punto de estallar. Porque quería preservar sus vivencias frente a miradas extrañas como una obra de arte con cientos de detalles distintos, fugaces, que entre dedos torpes se hace pedazos con un grito de angustia. Y ella levantaba un muro alrededor de su dicha y de su vida hecho con las frías y gastadas palabras cotidianas, de modo que podía pasar por muchas manos sin ser advertida y sin romperse en pedazos sin valor.

La tarde del sábado antes de la excursión lo visitó una vez más. Cuando llamó a la puerta volvió a sentir aquella curiosa inquietud, como siempre que acudía a su casa, y que iba en aumento hasta que estaba por fin con él. Pero no tuvo que esperar mucho. Él abrió rápidamente, la condujo hasta su estudio, le quitó con solícita galantería su chaqueta primaveral y acarició respetuosamente con los labios su hermosa mano recorrida por finas venas. Y luego se sentaron juntos en un pequeño sofá de terciopelo oscuro, que estaba junto al escritorio.

En la habitación reinaba ya un ambiente sombrío. Fuera, en el cielo, nubes grises se perseguían veloces unas a otras con el viento de la tarde, y sus sombras inquietantes empañaban la pálida luz del crepúsculo. Él le preguntó si quería que encendiese la luz. Ella dijo que no. La dulce luz pálida que ya no permite reconocer las cosas, sólo adivinarlas, le resultaba agradable por su suave melancolía. Estaba sentada muy quieta. Todavía se podía percibir claramente la elegante decoración de la sala, el soberbio escritorio con un busto de bronce, a la derecha, un soporte tallado para violín, cuya silueta se recortaba precisa contra el trozo gris del cielo que miraba indiferente a través de los cristales. En alguna parte sonaba un reloj con un compás pesado, cadencioso, como si fuera el paso firme y despiadado del tiempo. Por lo demás había silencio. Sólo un par de hilos de humo azulado de un cigarrillo olvidado se elevaban uniformes en la oscuridad. Y a través de la ventana abierta les entraba una tibia brisa de primavera.

Charlaron. Primero fue una sonrisa y un relato, pero las palabras de ella se volvieron cada vez más pesadas en medio de la amenazadora oscuridad. Él hablaba de una nueva composición, una canción de amor, que se adaptaba a las estrofas sencillas, doloridas de una canción popular que había oído una vez en un pueblo. Cantada por unas mucha-

chas que volvían del trabajo, sus voces sonaron tan lejos que no entendió la letra y sólo percibió la suave nostalgia y el pesado aliento de la melodía. Y el día anterior aquella melodía había vuelto a despertar en él, a última hora de la tarde, y se había convertido en una canción.

Ella no decía nada, sólo lo contemplaba.

Y él comprendió lo que le pedía. En silencio se dirigió hacia la ventana y tomó su violín. Muy bajo comenzó a tocar su canción.

Detrás de él volvió a aclarar lentamente.

Las nubes del crepúsculo se habían inflamado y ardían con un brillo purpúreo. La habitación empezó a iluminarse de nuevo con un claro resplandor que poco a poco se fue haciendo más lóbrego y saturado.

Él tocaba la solitaria canción con una energía prodigiosa; se perdía en sus notas.

Y acabó perdiendo su canción y conservando nada más que aquella extraña melodía popular, infinitamente melancólica, que en todas sus variaciones siempre volvía a sí misma, balbuceando, llorando y dando gritos de júbilo. No pensaba en nada más, sus pensamientos eran lejanos y confusos, ya sólo el arrollador sentimiento de su alma daba forma a las notas y se entregaba a ellas. La habitación oscura, reducida, rebosaba belleza... Las nubes rojas ya se habían convertido en pesadas, oscuras sombras, y él seguía tocando. Ya hacía tiempo que había olvidado que sólo tocaba esta canción por cortesía hacia ella; toda su pasión, el amor a todas las mujeres del mundo, a la esencia de la belleza despertó en las cuerdas, que se estremecían con dichoso fervor. Una y otra vez afrontaba una nueva subida, con una fuerza más salvaje, pero nunca llegaba a la esclarecedora plenitud, incluso en el más frenético vuelo no se quedaba más que en nostalgia, gemebunda y jubilosa nostalgia.

Y él seguía tocando como buscando un determinado acorde, en pos de un desenlace definitivo que no llegaba a

encontrar.

De repente se interrumpió de forma inesperada... Erika se había desplomado con un sollozo sordo e histérico sobre el sofá del que previamente se había levantado extasiada, fascinada por los sonidos. Sus débiles nervios, que se excitaban con facilidad, siempre sucumbían al hechizo de una música sentimental; podía llegar a llorar escuchando nostálgicas melodías. Y esa canción, que sumía al oyente en una angustiada y apremiante expectación, había removido en ella todos los sentimientos, había trastornado sus nervios con una tensión terrible, sofocante. Sentía dolor ante el empuje de esta nostalgia contenida; en medio de este tormento angustioso sentía la necesidad de lanzar un grito, pero no podía. Su creciente agitación física acabó desembocando en un llanto convulsivo.

Él se arrodilló a su lado y procuró calmarla. La besó suavemente en la mano. Pero ella todavía se agitaba, y de vez en cuando corría por su dedo un estremecimiento como de una descarga eléctrica. Él le hablaba afectuosamente. Ella no lo oía. Así que él fue poniéndose cada vez más cariñoso y besó con calurosas palabras su dedo, su mano, y besó su boca palpitante, que se estremeció inconscientemente bajo sus labios. Sus besos se volvieron poco a poco más ansiosos, mientras musitaba tiernas palabras de amor y la abrazaba cada vez con más ímpetu y más deseo.

De repente, ella despertó de su sueño y lo rechazó casi con violencia. Él se levantó asustado e inseguro. Ella permaneció muda por unos momentos, como para tomar conciencia de todo lo que se movía a su alrededor; luego balbuceó con voz rota y mirada inquieta que la perdonara: solía tener estos ataques nerviosos y la música la había excitado.

Siguió un instante de penoso silencio. Él no se atrevía a responder nada, porque temía haber actuado de una forma baja y ruin.